

VICENTE SANFÉLIX

WITTGENSTEIN.
UNA FILOSOFÍA DEL ESPÍRITU

GRANADA

2019

COLECCIÓN FILOSOFÍA Y PENSAMIENTO
SERIE ENSAYOS

Directores: Luis Sáez Rueda, Óscar Barroso Fernández y Javier de la Higuera Espín.

Consejo Asesor: Remedios Ávila (UGR); María Eugenia Borsani (U. de Comahue-CEAPEDI, Argentina); Antonio Campillo (U. de Murcia); Victoria Camps (UAB); Germán Cano (U. de Alcalá de Henares); Pedro Cerezo (Real Academia de CC. Morales y Políticas); Andrés Covarrubias (PUC de Chile); Manuel Cruz (U. de Barcelona); Roberto Esposito (Instituto de Ciencias Humanas, Italia); Marina Garcés (U. de Zaragoza); Juan Francisco G. Casanova (UGR); Alain Jugnon (Nantes); Johannes Kabatek (U. Zürich, Suiza); Fernando M. Manrique (UGR); José Luis Pardo (U. Complutense de Madrid); Paulina Rivero (UNAM, México); Johannes Rohbeck (U. de Dresden, Alemania); Miguel Villamil (U. de San Buenaventura, Colombia).

© VICENTE SANFÉLIX

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

WITTGENSTEIN. UNA FILOSOFÍA DEL ESPÍRITU

ISBN: 978-84-338-6598-4 Depósito legal: GR/1606-2019.

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja.

Antiguo Colegio Máximo

18071 Granada.

Tel.: 958 243 930 / 958 246 220

Diseño cubierta: Lalo Rojas. Granada

Compaginación y preimpresión: Galerada SIAG. Granada

Imprime: Imprenta Comercial. Motril (Granada)

Encuadernación: Olmedo Hnos. Ogjares. Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Para Bea, con quien tanto quisimos.
In memoriam.

INTRODUCCIÓN

EL libro que el lector tiene entre sus manos no trata del Wittgenstein más estudiado y discutido: el lógico, el filósofo de la matemática, del lenguaje o de la psicología. Aquí no encontrará ninguna exposición de su crítica al platonismo, o al lenguaje privado, o al cartesianismo, o de su primera teoría pictórica del significado o de su postrera comprensión de este como uso.

El Wittgenstein que me ha interesado, y del que este libro trata, es el Wittgenstein más existencial, el Wittgenstein filósofo de la religión, de la ética y de la estética, el Wittgenstein político en un sentido amplio del término, crítico de la civilización y defensor de la cultura. El filósofo, en suma, del espíritu.

He intentado presentar este Wittgenstein menos conocido contra el trasfondo y con el contraste, por tomarle la expresión prestada al propio Wittgenstein, de otros autores con los que tampoco es muy habitual ponerlo en relación: Hume, James y otros pragmatistas, Weininger, Mauthner, Tolstói, Spengler...

A mi entender, este Wittgenstein esotérico permite entender el sentido último de su obra exotérica. Sin tenerlo en cuenta es posible entender algunos elementos de su pensamiento, pero probablemente resulte imposible comprender el significado global que el mismo tiene.

Por otra parte, la imagen que emerge de las páginas que siguen es la de un Wittgenstein radicalmente hostil a la deriva que a su entender estaba tomando la civilización occidental: crítico de la ilustración, del predominio espiritual de la cien-

cia y de la técnica y, en última instancia, de lo que él consideraba valores burgueses.

En determinado momento Wittgenstein anotó que escribía para amigos dispersos por todo el mundo. De haber coincidido en el espacio y en el tiempo con él, dudo que me hubiera honrado con el privilegio de su amistad. Creo que el autor de este trabajo le hubiera parecido, probablemente con razón, alguien demasiado aferrado, para su gusto, a los valores ilustrados y burgueses. Y sin embargo, parafraseando a Machado, pienso que podría decir que corren por mis venas gotas de sangre wittgensteiniana. Con ellas, sobre todo, es que he intentado escribir estas páginas.*

*. NOTA BENE: alguna de las partes que componen este libro toman por base escritos redactados en colaboración con otros compañeros. Es el caso de los capítulos III y VII, originalmente elaborados junto con Noemí Calabuig Cañestro y Javier Ruiz Moscardó, respectivamente. Conste aquí mi agradecimiento a ellos. Este trabajo forma parte del proyecto de investigación «Comprensión intercultural, pertenencia y valor: aproximaciones wittgensteinianas».

I. UN ALMA ENFERMA

1. UN PSICÓLOGO SUPERFICIAL Y UN BUEN FILÓSOFO

Las relaciones de Wittgenstein con el pensamiento de James muy probablemente no hayan recibido todavía toda la atención que merecen. Se dirá que, al fin y al cabo, el filósofo norteamericano apenas aparece aludido en los escritos del pensador austriaco que han llegado hasta nosotros, y que en las escasas y raras ocasiones en las que Wittgenstein admite la influencia en él de otros pensadores, el nombre de aquél brilla por su ausencia; y también se aducirá que, aunque es cierto que el Wittgenstein maduro se sirvió de *Los principios de psicología* del autor norteamericano en sus clases, no lo es menos que los utilizaba con afán polémico, como una manera de ilustrar los errores conceptuales en la comprensión de lo psíquico que una buena terapia filosófica había de corregir. Es decir, y diciéndolo con la ayuda de la propia expresión de Wittgenstein en *Tractatus* 5.5421, que James era a sus ojos no más que un eximio representante de la «psicología superficial» de su tiempo.

Sin embargo, no puede decirse lo mismo de otro libro de James que Wittgenstein leyó en su juventud: *Las variedades de la experiencia religiosa*; pues es el caso que disponemos de buenos testimonios de la altísima estima en que lo tenía el filósofo austriaco. Sirva de botón de muestra esta conversación sostenida entre Drury y Wittgenstein allá por 1930:

DRURY: Encuentro a Lotze muy difícil de comprender, muy aburrido.

WITTGENSTEIN: Se trata de un hombre al que no se le debió haber permitido escribir filosofía. Pero un libro que usted debe leer es el de William James *Varieties of Religious Experience*; ese es un libro que a mí me ayudó mucho en una época.

DRURY: Oh, sí, lo he leído. Siempre he disfrutado la lectura de cualquier cosa de James. Es una persona muy humana.

WITTGENSTEIN: Eso es lo que lo convierte en un buen filósofo. Era un auténtico ser humano¹.

De modo que, según atestigua este testimonio, aunque James hubiera sido, a los ojos de Wittgenstein, un psicólogo superficial, ello no le impedía ser un buen filósofo. En lo que sigue nos olvidaremos de los *Principios de la psicología* y nos concentraremos en la relación de Wittgenstein con *Las variedades de la experiencia religiosa*.

2. EL ALIVIO DE LA SORGE

Prima facie no resulta fácil entender, dado el antipsicologismo de Wittgenstein, su aprecio por esta obra de James. Al fin y al cabo, este empieza el ciclo de conferencias que constituyen su libro advirtiendo que, dada su incompetencia en esos campos, no abordará la cuestión de la religión desde la perspectiva del teólogo, ni desde la del erudito, ni desde la del historiador de las religiones, ni siquiera desde la del antropólogo, sino desde la del psicólogo, ya que, como confiesa, «la psicología es la

1. M. O'C. Drury, «Conversaciones con Wittgenstein». en R. Rhees (Edt.), *Recuerdos de Wittgenstein*. Fondo de Cultura Económica, México, 1989, pp. 181-182

única rama del saber en la que estoy especializado»². Y aunque ciertamente hacia el final del libro James aborda la cuestión desde una perspectiva filosófica, sospecho que justamente esa podría ser la parte de la obra —sobre todo la que se contiene en forma de *postscriptum*, pero también el final de la conferencia XVIII— con la que Wittgenstein podría haber tenido más reparos.

Si *Las variedades de la experiencia religiosa* es, fundamentalmente, un libro de psicología y Wittgenstein era un antipsicólogo, ¿qué le pudo atraer tanto de ese libro? Creo que, precisamente, la psicología en él contenida.

Si algo llama la atención en esta obra de James es la gran cantidad de testimonios que contiene, la profusa utilización de «*documents humains*», como el mismo James los califica, para ilustrar y respaldar sus tesis. Muy probablemente este detalle podría darnos una pista del tipo de literatura psicológica que Wittgenstein se hubiera mostrado más propenso a aceptar: una psicología empírica, descriptiva, profunda, como la que suele ser habitual en muchos planteamientos clínicos, antes que una de amplias aspiraciones generalizadoras y teóricas, explicativa, experimental... Pero sea lo que fuere de esta hipótesis, no pretendo ahora detenerme en ella. Más bien, lo que quiero sugerir es otra que me parece mucho más fácilmente justificable, a saber: que lo que Wittgenstein encontró en el libro de James, en la lectura de todos aquellos testimonios, fue un gran alivio psicológico, un alivio que se lo pudo proporcionar el reconocimiento de su caso en los casos de otros.

En ese sentido creo que apunta la observación, que ya he citado, que Wittgenstein le hizo a Drury a quien, recuérdese, le confesaba que esta obra le había proporcionado mucha ayuda en cierta época. Y en el mismo sentido, solo que más explícitamente, apunta la carta que le escribió a Russell el 22 de junio de 1912, en la que puede leerse:

2. Cfr. W. James, *Las variedades de la experiencia religiosa*. Península, Barcelona, 2002, conferencia I, p. 25.

Cuando tengo tiempo, leo ahora *las variedades de la exp[eriencia] religiosa* de James. Este libro me hace muchísimo bien. No quiero decir que pronto seré un santo, pero no estoy seguro de que no me mejore un poco en un aspecto en el que quisiera mejorar *mucho*: a saber, creo que me ayuda a liberarme de la *Sorge* (en el sentido en que usó Goethe la palabra en la segunda parte de *Fausto*)³.

En efecto, en el acto V de la II parte del *Fausto*, con la muerte ya en el horizonte, comparecen sus cuatro encanecidas hermanas: Escasez, Culpa, Necesidad e Inquietud (*Sorge*). De las cuatro, solo esta última consigue colarse en la morada del rico Fausto, quien, según propia confesión, hasta ese momento solo se ha dedicado a correr por el mundo «agarrando el placer por los cabellos», dejando «estar lo que no le satisfizo», no haciendo otra cosa «más que anhelar y realizar, y otra vez desear», y teniendo por loco a «quien mira allá, parpadeante, e inventa algo como él sobre las nubes», había despreciado la eternidad y se había limitado a seguir «el día terrenal». Pues bien, he aquí el discurso que *Sorge* le dirige:

A quien poseo yo por una vez no le sirve de nada el mundo entero; a cubrirle descende eterna sombra, pero el sol no se pone ante sus ojos, en su mente, perfecta exteriormente habitan las tinieblas interiores, y no sabe tomar la propiedad de todos los tesoros de la tierra. La dicha y la desdicha le enloquecen; se muere de hambre en medio del exceso, y lo mismo delicia que tormento, para el día siguiente va aplazándolo; solo tiene presente el porvenir y así jamás consigue terminar⁴.

3. L. Wittgenstein, *Cartas a Russell, Keynes y Moore*. Taurus, Madrid, 1979, p. 16.

4. J. W. Goethe, *Fausto*. Planeta, Barcelona, 1980, pp. 334 y ss.